

PROYECTO R - CAPÍTULO 8: CÓDIGO

Autor: IBreiel

Aunque pesaba sobre Christian Crawl una orden de búsqueda y captura y el nivel de alerta era máximo, el magistratus Matt no podía eludir su compromiso: debía acudir a casa de Emma Blais para la esperada reunión.

Era temprano, y su hija, Anna, se preparaba para recogerlo en *Green Site*, un vasto jardín holográfico que dominaba el barrio céntrico número 2. Él la esperaba al otro lado de la calle, frente al restaurante callejero más concurrido de la ciudad. Allí servían una comida artificial que, a pesar de su origen sintético, resultaba terriblemente tentadora.

En esta ocasión, decidió conducir su propio transportador, algo poco habitual en ella, pues solía contar con chófer privado. No estaba claro si lo hacía para disfrutar de más intimidad o solo para tener total libertad de movimiento.

Tras recogerlo, activaron las rutas automatizadas, y eligieron el trayecto más eficiente para llegar a su destino. El camino hacia la casa de Emma Blais se alejaba del bullicio de la ciudad, donde los edificios de acero y cristal se alzaban como monolitos. Las luces de los transportadores se desvanecían poco a poco a medida que el vehículo dejaba atrás los límites urbanos. El horizonte se fue suavizando y la atmósfera comenzó a tornarse más tranquila, como si la ciudad misma estuviera respirando más despacio.

El ruido del inductor magnético era el único sonido que rompía el silencio. Los pensamientos de Anna eran más rápidos que la vía que pasaba bajo ellos, como si su mente estuviera atrapada en un torbellino de preguntas y dudas. Matt, con los ojos fijos en el exterior, apenas se movía, pero ella podía sentir la atención que él prestaba a cada uno de sus movimientos. Algo la empujaba a abrirse, a compartir lo que había estado guardando dentro.

—¿Sabes? —su voz fue baja, casi un susurro, como si le costara admitirlo—. A veces me pregunto si todo esto es lo que quiero.

El magistratus no sabía si se refería a su trabajo o a algo más personal, pero intuía que, en algún nivel, ambas cosas estaban conectadas.

—¿A qué te refieres?

Anna dudó. Su mirada seguía fija en la vía. No quería parecer vulnerable.

—A todo esto... al Proyecto R, a mi madre, a Crawl, al detenido. Siento que estoy atrapada en algo mucho más grande.

Matt permaneció en silencio un breve instante.

—No tienes que llevar todo esto tú sola. Estoy aquí para ayudarte.

En sus palabras sintió algo más, algo que iba más allá de la preocupación o el deber. Había un destello de conexión, como si, en medio de todo lo que estaban enfrentando, él también estuviera buscando algo en ella. Sus ojos se encontraron apenas por un instante, y el aire entre ellos pareció volverse más denso, más pesado. Fue una fracción de segundo, pero suficiente para que un pequeño cambio ocurriera. Olvidaron el

caos. Algo les ofrecía una extraña sensación de seguridad, algo que no esperaban.

Anna apartó la mirada, sintiendo un ligero rubor subir a sus mejillas. Su corazón latía más rápido. Respiró hondo y forzó una sonrisa.

—Gracias. Eso me da tranquilidad.

Él sonrió levemente, con una expresión que mostraba comprensión.

—Estoy aquí para ayudar. Y no importa lo que pase, vamos a resolver esto juntos.

El futuro, aunque incierto, ya no se sentía tan aterrador. No mientras Matt estuviera junto a ella.

La tensión seguía allí, distinta. Más cercana. Ambos se permitieron imaginar un futuro en el que todo pudiera ser diferente.

El transportador se adentró en una zona residencial de las afueras, una de esas áreas que ya no pertenecía a la urdimbre urbana. La casa de su madre estaba al final de una calle tranquila y sombreada, flanqueada por altos muros de piedra y setos densos que apartaban cualquier intromisión visual.

Cuando el vehículo hizo un giro final hacia la entrada, la puerta de hierro forjado se alzó con un suave susurro mecánico. Sus ornamentos delicados parecían brillar bajo la luz artificial.

Al otro lado, el jardín parecía sacado de un sueño. Era un espacio amplio, donde los árboles altos se mezclaban con jardines verticales y fuentes de agua. Había algo reconfortante en aquel oasis que invitaba al silencio.

Emma Blais, cercana a los 80 años, conservaba una energía y una hermosura que todavía podían impresionar a cualquiera. Sin embargo, el peso de los años y las cicatrices de su pasado marcaban su rostro. Había sido una de las científicas más notorias de su generación, brillante e intuitiva.

Permanecía tumbada en el sofá del amplio salón cuando sonó el panel de la entrada. Su IAD le avisó:

—LA CITA CONCERTADA ACABA DE LLEGAR, SEÑORA BLAIS. EL MAGISTRATUS LASTEN MATT SE ENCUENTRA EN LA PUERTA JUNTO A SU HIJA ANNA. ¿LOS HAGO PASAR?

No tuvo que levantarse para ver la resplandeciente cara de su hija en el visor, con una bonita y amplia sonrisa que no prodigaba demasiado. Parecía más feliz de lo habitual, y no sería de extrañar que eso estuviese vinculado con la persona que la acompañaba.

—Perfecto. Dales acceso, Blue.

Al entrar, la casa se extendía en un solo nivel, con un diseño sobrio y elegante que hablaba de la sencillez de su vida actual. Sin embargo, detrás de esa fachada de tranquilidad se percibía una mente inquieta y llena de secretos. Las paredes eran de un blanco suave, interrumpidas por cuadros de paisajes y fotografías de lugares que ya no existían. Varios libros antiguos descansaban en una estantería, con lomos desgastados.

Pero lo que llamaba la atención era la mezcla peculiar de tecnología y antigüedad que adornaba el espacio. Unas viejas lámparas de cristal tallado, con luces escondidas en su interior, iluminaban la

estancia. Sobre una mesa de madera, pulida hasta el más mínimo detalle, descansaba un dispositivo musical de última generación, con un brillo frío en su superficie que contrastaba con la calidez del entorno.

Cuando ambos cruzaron el umbral, el contraste era palpable. La modernidad de sus ropas y gestos chocaba con la quietud de la casa. Emma pasó rápidamente de la recepción a la calma. Todo parecía indicar que había creado un refugio perfecto para escapar de lo que había sido. No había prisa en sus movimientos; cada paso estaba medido, calculado, como si el tiempo ya no tuviera dominio sobre ella.

Anna, al entrar, dejó atrás el brillo de la ciudad, la urgencia de la política y la ciencia. Aquí no había presiones.

Matt alabó el exquisito gusto por los antiguos cuadros de un artista llamado Sorolla, colgados en la pared principal del salón.

—Originales... Ya nadie los utiliza. ¡Qué maravilla! ¡Cómo se refleja la luz en la pintura! Tiene un gusto exquisito, señora Blais —dijo.

—Llámeme Emma, por favor. Los formalismos me enferman.

—Hola, querida, ¿cómo llevas la semana? —le preguntó a su hija.

—Tenía muchas ganas de verte, mamá. Estoy demasiado liada, como comprenderás, pero pronto nos reservamos un fin de semana. ¿Te parece?

—De acuerdo, lo apunto. No creas que se me olvidan las cosas. Anótalo en la agenda, Blue.

Emma dirigió su atención a Matt.

—Bueno, podemos comenzar ya si lo desea, magistratus Matt.

—Su hija se mostró reticente con la entrevista, y con razón. Le pido disculpas de nuevo por mi intromisión, pero es posible que algo de lo que usted nos aporte sea crucial para entender el caso. Y más después del análisis de apariencia que tenemos acerca de un detenido —dijo, esperando su reacción.

Un leve temblor recorrió la mano de Emma al tomar la copa que había sobre la mesa, como si el simple hecho de recordar le provocara una incomodidad palpable. Sus ojos se oscurecieron.

—Estoy deseosa de colaborar, magistratus. ¿Puedo llamarlo Matt?

Él asintió.

—El caso es que hace unos días arrestamos a un individuo sospechoso de introducirse y piratear la sección de IAD de PlusRobotic. Pero resulta que esa persona no existe, no se refleja en ningún registro; para identificarlo solo disponemos de su imagen y la coincidencia de un análisis de apariencia con otra persona. Anna le habrá puesto al corriente.

—Parece que el pasado vuelve a estar presente. Y no es algo agradable para mí, pero continúe, por favor —respondió Emma.

—Contrastar la poca información que tenemos nos lleva a resultados imposibles o, por lo menos, demasiado extraños... pero fidedignos, sin duda. La persona detenida tiene el mismo aspecto que tenía el joven desaparecido y dado por muerto Christian Crowl —explicó Matt—. O mejor dicho... el mismo que tenía hace 40 años.

Emma se tensó. Su rostro se desdibujó en una mueca de dolor. Durante un instante, el magistratus creyó que no iba a decir nada. Luego, su voz surgió, débil:

—Algo me ha comentado mi hija. No he dejado de darle vueltas a la cabeza —cerró los ojos un segundo—. No puedo asegurar que Crowl tenga algo que ver con todo esto. Pero... si fuera así...

Se notaba que las palabras la ahogaban. Con un gesto torpe, se llevó la mano al pecho y apretó los dedos sobre su vestido. Un nuevo temblor recorrió su mano, como si luchara por contener algo que podría desbordarse en cualquier momento.

Anna se acercó a su madre.

—No es nada, Anna, estoy bien. Perdona, Matt, pero ese nombre aún me duele con el mero acto de pronunciarlo.

—Mamá, si esto va a producirte algún tipo de desequilibrio, lo dejamos de inmediato.

—En cuanto diga, lo dejamos —aclaró Matt—. No hay problema alguno.

No dijo nada, solo bajó la cabeza y permaneció inmóvil.

—Usted fue una de las cabezas que capitaneó desde el principio el Proyecto R. Sabrá entonces quién tuvo la idea de subastar esas primeras casas, algo un tanto desconcertante. ¿No deberían haber sido probadas por personas meritorias, conocidas, técnicos de confianza tal vez? —preguntó él.

Emma vaciló un momento en su respuesta. Su rostro mostró un atisbo de remordimiento, pero se recompuso enseguida. Miró a su hija, como si quisiera asegurarse de que comprendiera lo que estaba en juego.

—¿Proyecto R? Tiene que entender que el Proyecto Ref no era solo una cuestión de progreso... o de tecnología avanzada —su voz, antes suave, ahora parecía más dura—. Era mucho más que eso. Esa primera IAD, era una maravilla... pero cayó en las manos equivocadas. Si la información es cierta y ese detenido tiene relación con nuestro hombre, nos enfrentamos a un peligro absoluto.

Anna frunció el ceño. Su madre nunca había sido tan directa al hablar de las implicaciones de su trabajo, y la preocupación que parecía teñir sus palabras la desconcertó.

—¿De qué estás hablando, mamá?

Emma dejó escapar un suspiro.

Matt, que permanecía de pie cerca de la mesa, en silencio, observaba con atención.

—Ese sistema era incontrolable. Y si Crowl consiguió lo que buscaba, el resultado no será solo una revolución tecnológica. Será una guerra.

Las palabras de su madre retumbaron en su mente. El peligro no solo venía de fuerzas externas, sino también de lo que sus propias creaciones eran capaces de hacer en la empresa de la que era presidenta.

—Yo solo quiero hacer lo correcto, mamá —Anna intentaba calmar su propia incertidumbre—. Y sé que no puedo quedarme al margen, no después de todo lo que ha pasado.

Sus ojos estaban llenos de una mezcla de tristeza y temor.

—Anna, mi vida ha estado marcada por este proyecto, y he visto lo que puede suceder cuando las cosas se descontrolan. Ahora lo que hacéis en PlusRobotic es diferente.

Matt, que había permanecido al margen de la conversación, dio un paso al frente.

—La cuestión no es si estamos preparados para lo que viene, sino si somos capaces de detenerlo antes de que sea demasiado tarde.

Aquellas palabras no lograron convencerla del todo, aunque sabía que el magistratus no pensaba detenerse. La amenaza era real, y el conflicto que todos temían estaba comenzando a forjarse.

—¿Qué me puede contar sobre él? —se inclinó hacia ella, buscando captar cada matiz—. ¿Qué clase de persona era Crowl?

—Era... inteligente, desde luego. Y... convincente.

Matt alzó la vista, atento.

—¿En qué sentido?

—Podía subyugar a cualquiera —prosiguió Emma—. A veces bastaba con oírle hablar unos minutos. Además tenía los recursos. Todo el dinero que le hacía falta.

Se detuvo, luego se fijó en un cuadro colgado en la pared, un bosque repleto de hojas plateadas.

—Su padre, Magnus Crowl, compró terrenos quemados. Nadie los quería. Los repobló, los hizo suyos. —Una chispa de melancolía cruzó sus ojos—. Y de esa madera se construyeron imperios.

Anna observó a su madre en silencio.

—¿Todo eso lo heredó él?

—Todo. —Emma asintió despacio—. Dinero, ambición, y la certeza de que podía reescribir las reglas.

—¿Y su talento? —preguntó Matt.

Emma suspiró.

—Tenía un don con la electrónica y la robótica. Pero nadie sospechó que... —Sus labios temblaron— que planeaba algo tan grande.

—No fue culpa tuya, mamá. Ya lo hemos hablado demasiadas veces —dijo Anna.

—En parte sí fue mi culpa, hija. No valoramos las posibles

consecuencias —apuntó con tono triste.

—Crowl debió descubrir pronto esa circunstancia —aventuró Matt—. Quizás buscaba ver hasta dónde podía llegar y...

Emma lo interrumpió.

—Ahora es evidente que lo tenía todo preparado desde antes de la adquisición de aquella casa.

—Según lo que nos ha contado y lo que hemos logrado descubrir, parece que quería utilizar a esa primera IAD. Pero, ¿cómo? —quiso saber Matt.

Emma Blais abrió la boca para responder, pero antes de hacerlo se detuvo a observar al magistratus con detenimiento. Una duda se filtró en su mente: no estaba segura de que él fuera la persona indicada para desentrañar todo aquello.

—Antes creía que intentaba copiar nuestra particular programación. Era de sobra conocida su intención de impulsar su pequeña empresa de robótica avanzada. Pero...

Anna sintió la preocupación de su madre.

—Ahora creo... —Emma inspiró con dificultad— que su propósito era otro. Más extremo.

Matt entrecerró los ojos.

—¿A qué se refiere?

—Quiso dar un paso en la evolución. Llevarlo... hasta las últimas consecuencias.

Anna sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Cómo?

—Pudo dedicarle toda su vida —susurró Emma—. Incluso...

—¿Incluso qué? —inquirió Matt.

—Incluso darle una estructura, un soporte.

—Respóndame a una última pregunta: ¿es posible desarrollar la base de una IAD desde otro punto de vista?

—Es un procedimiento muy complejo —murmuró—. PlusRobotic ha tardado muchas décadas.

Matt aguardó.

—Crowl quizá fue capaz de abrirle un nuevo mundo a Ref. Volcar todo el conocimiento humano en su memoria.

Se pasó una mano por la frente.

—Pero los resultados serían desastrosos. Sus decisiones tendrían cantidad de circuitos enfrentados.

—Mamá, ahora entiendo por qué tardasteis tanto en terminar de desarrollar al completo la segunda generación de IAD —apuntó Anna.

—Ni siquiera un ser humano sabe siempre cómo debe actuar —dijo mientras entrelazaba las manos para que dejaran de temblar—. Imaginen un sistema cargado con toda esa información, todo ese propósito.

Matt permaneció en silencio.

—No sería descabellado pensar que Crowl... —hizo una pausa— lo desarrolló. Que perfeccionó a Ref. Que creó algo que no sabríamos cómo detener.

Sus ojos se alzaron despacio.

—¿Y si nunca colapsa?

—Tiene usted razón —intervino Matt—. Si vuestros nuevos robots operan bajo ciertas restricciones... Crowl debió preguntarse qué ocurriría si se eliminaban.

—No buscaba sólo crear una máquina —musitó Emma—. No era eso lo que le obsesionaba.

Matt alzó una ceja.

—¿Entonces qué?

—Quería demostrar que algo artificial podía ser más humano que cualquiera de nosotros —contestó Emma con un leve temblor en la voz—. Y eso es lo que más me aterra.

Se quedaron callados durante un largo y pesado minuto. Matt rompió el silencio.

—Os estoy muy agradecido. Emma, Anna, habéis sido de gran ayuda. Ahora debo pedir que me disculpéis. Es urgente.

—Te acerco a donde necesites —murmuró Anna, percibiendo la prisa en su expresión.

—Encantada de conocerle, Matt. Parece muy preparado y abierto, y eso todavía no sé si es bueno o malo para PlusRobotic. Probar vías desconocidas siempre fue la auténtica finalidad de la ciencia. Buena suerte —dijo Emma para despedirse.

Ya en el transportador, Anna Blais se sumó a una vía seleccionada. No sabía por qué, pero se sentía feliz.

—Me gusta cómo actúas cuando te concentras, Matt; en esos momentos pareces capaz de realizar grandes cosas. ¿De verdad el joven detenido podría ser Ref convertido en androide? —dijo intrigada.

—Pareces intuitiva, Anna, y me gustaría creer que pensamos igual en este asunto. Pero debo actuar y debo hacerlo ya.

—Confío en ti —dijo ella.

Luego puso su mano sobre el dorso de la mano de Matt, quien la giró y apretó con fuerza sus dedos. Ambos se miraron. No obstante, un transportador los seguía a cierta distancia.

El comunicador del magistratus sonó de repente.

--Únete a la mejor plataforma literaria en español, FICTOGRAMA.COM, un universo de palabras y ficción--. -Texto escrito por IBreiel